

lar y despoblar los parajes circunvecinos. Imaginaos lo que haría con extranjeros puestos á su disposición y adscritos á su imperio. El jefe de los trabajos tomaba su verga y hacía remover las piedras, picarlas, pulirlas, sobreponerlas á los pobres jornaleros bajo aquel cielo abrasador y sobre aquella tierra desolada, como si fueran máquinas ó bestias. El trabajo al sol, en los pueblos orientales y africanos, resulta un gravamen de tal género, que todas las teogonías lo cuentan entre las maldiciones lanzadas como fulminantes rayos por el cielo sobre la mísera, y enferma, y oprimida humanidad. Pues tal plaga se recrudecía, merced á los esclavos libios que ponían los Faraones á la cabeza de los trabajadores y de sus innumerables cuadrillas. Bárbaros, feroces, vengativos, de una dureza en sus palabras y de una crueldad en sus actos que no pueden concebirse, gravaban á una con sumas agravaciones todos los males anejos á tan terrible situación y estado. Las carnes de aquellas gentes ¡ay! estaban amoratadas, los huesos quebrantados. No les daban de comer y caían desfallecidos. Sus crueles verdugos les apaleaban sin misericordia para constreñirlos á nuevos sacrificios de toda imposibilidad. Pues entonces les cogía un oficial de la cabeza, otro de los piés, cual si fueran cadáveres, y les sometía un tercero á mayores tor-

mentos. En más de cien pinturas egipcias se ven estos tristísimos espectáculos. Y en más de una inscripción se lee la palabra siguiente, horrorosa de suyo en la nativa sencillez propia: «Me han apaleado y quebrantádome los huesos cual si fuera un asno.»

Estas persecuciones del viejo despotismo faraónico al pueblo hebreo amargaban la vida inferior de las gentes jornaleras y encendían el alma de las gentes superiores. Un hombre distinguidísimo, perteneciente á la familia de Leví, habíase unido en la esclavitud con una pariente suya de la misma tribu, como solían los hijos de Israel. Este hombre y su mujer engendraron á Moisés, á Aarón, María y otros varios hijos con la fecundidad propia del pueblo hebreo. Cuando nació Moisés, el odio de los Faraones á Israel habíase por tal manera exacerbado, que dispusieron una terrible medida, la violenta muerte de todos los recién nacidos para desarraigar así del suelo aquella raza maldita, la cual, según los dominadores egipcios, trastornábalo con sus ideas y corrompíalo con su lepra. Jocabel se llamaba la madre de Aarón, María y Moisés. Y nos cuenta, en su primer capítulo, el Éxodo, cómo el rey de Egipto había dispuesto que, al ir las comadres á casa de las hebreas para partearlas, viesan con cuidado el fruto de sus partos, y si resultaran



hijos, mátenlos, decía, y si resultaran hijas, entonces vivan. Mas las parteras compadecieron á los niños. Después de haber ayudado á la naturaleza para que diesen las madres á los seres aquellos luz fuera de su vientre, como les habían dado en su vientre vida, no se arrestaban á matarlos, tiernas y misericordiosas. Reconvínolas Faraón por su piedad, y ellas respondieron con excusas como la de que, siendo muy robustas las hebreas, parían sus hijuelos antes de llamarlas y los ocultaban cuando, al saber ellas que adolecían, iban solícitas á socorrerlas. Por fin dispuso el rey egipcio, si hemos de dar crédito á los viejos relatos, que fuesen arrojados al río todos los hebreos recién nacidos. Merced á tales disposiciones pudo Jocabel salvar á su hija María, pero no pudo salvar á su hijo Moisés. Necesitaba ponerlo de alguna manera en los senos del río y acudió á maternal industria con ese milagroso instinto de conservación que tienen todas las hembras para preservar de segura muerte á sus generaciones. Tres meses guardó á su hijo. Pero muchas las pesquisas, diligentes los perseguidores, ella si cautelosa y diestra siempre amenazada, su tribu trémula bajo los crueles ejemplos dados por los déspotas en otras familias, no tuvo más remedio que cumplir el mandato y exponer á su hijo. Abandonólo por fin, mas depositándolo en cuna de

mimbres para que flotase sobre las aguas y hallara providencial valedor en las tortuosidades múltiples del río que culebreaba, teniendo muchos recodos en aquel sitio, porque un presentimiento propio á su corazón de madre debía decirle cómo en aquel breve cuerpo de niño se contenía y encerraba el verdadero libertador de su pueblo. No hay decir con qué dolor veríalo deslizarse aquella mujer amante sobre las aguas y cómo estrecharía contra su pecho la hija salvada merced á una monstruosa excepción de las cometidas frecuentemente por los déspotas. Sobre su hija María, ya naciera después, ya naciera mucho antes que su hermano, pues no lo sabemos á ciencia cierta, debió concentrar la pobre madre, tan herida, todo su amor, y á ella debió sugerirle con sus besos, con sus lágrimas, con sus suspiros, con los recuerdos de lo pasado, con los presentimientos de lo porvenir, con la mezcla de poesía y de religión propia seguramente á estas sacerdotisas naturales que se llaman madres, aquel cántico de libertad y emancipación destinado á resonar en todos los siglos y á ser indefinidamente repetido por todas las generaciones.

Gustaban mucho los egipcios de paseos y correrías, ya por las aguas, ya por las orillas del Nilo. Unas veces en sillas portátiles, otras veces en barcas de formas diversas, precedidas por hermosos



nubios que les abrían camino y gritaban para que las gentes se apartasen, iban las princesas á holgar-se y divertirse más ó menos honestamente. Aun quedan restos de los grandes palacios campestres ó sitios reales donde se comunicaban, en libertad mayor que la permitida naturalmente á todas las grandes poblaciones, con las delicias del campo. En uno de tales sabidos esparcimientos, bajo los sicomoros de la ribera, pisando las flores por doquier esparcidas, la princesa debió hallarse cuando las aguas del río le trajeron á mano la cuna de mimbres embreados en que iba flotando el salvador de Israel. La curiosidad femenil, que había perdido allá en el Paraíso al humano linaje, salvó aquí en el Nilo al pueblo hebreo. Viéronlo aquellas mujeres, y notaron en seguida la raza de cautivos á que pertenecía y el especialísimo lugar de donde bajaba. Conociendo cómo el rey las quería, se juntaron en consejo y convinieron á una en pedirle fácil excepción á sus crueldades, la de aquel niño, á quien llamaron Moisés, ó sea salvado de las aguas. Y la obtuvieron hasta el punto de unir á ella el permiso para que lo criase una nodriza de su propia gente. Y esta nodriza no fué otra sino su madre, la cual, después de haberlo parido, alcanzó la dicha inefable de amamantarlo á sus pechos, de tenerlo en su regazo, encendiendo en su corazón el amor á la raza de

quien provenía y en su inteligencia el culto á la idea divina que todo lo animaba y todo lo esclarecía en la sencilla fe de aquellas gentes. Así Moisés respiraba por todo el medio que le circuía en la corte y entre los magos las ideas de una ciencia verdaderamente profana ó egipcia, y en los labios de su madre misma, en la leche maternal que bebía y mamaba, nutríase también de la fe transmitida por Jacob á su pueblo, todavía viva, siquier mezclada con supersticiones egipcias. Naturalmente, María, la hermana de Moisés, especie de sacerdotisa hebrea, destinada por sus padres á la parte de liturgia que una mujer podía desempeñar en aquel restricto culto, respiraría y absorbería en su corazón y en sus sentimientos femeniles, según su particular complexión y su propio criterio, aquellas ideas que luégo iban á resultar estrellas mágicas, columnas de fuego, destinadas á guiar los cautivos sobre las arenas del desierto hacia la tierra prometida. Pocas veces ha visto la historia una familia de libertadores educada por el modo maravillosísimo que la familia esta de Moisés. El gran libertador, el sumo sacerdote su hermano y la poetisa María representaban todas las facultades indispensables para salvar á un pueblo en tan amargos trances. Moisés era la ciencia y la política, era la liturgia y el culto Aarón, María el arte y la música. Por modo



tan sobrenatural y extraño llevó en sus entrañas una sola madre la salud y la esperanza de Israel.

Imaginaos como un edificio enorme aquel palacio de los Faraones, donde recibió su educación el emancipador de Israel. Un ejército lo guarda, un sacerdocio numerosísimo vela por él. A la entrada están las grandes habitaciones, donde se recibe la corte, se verifican los juicios, se ostentan las ceremonias. Tal corte se halla compuesta de magos que creen adivinar lo porvenir; de intérpretes que descifran los sueños; de misteriosos encantadores que á los profanos hechizan y hacen á la continua milagros; de profetas, los cuales guardan en depósito los dogmas; de retóricos destinados á cantar las regias alabanzas; de purificadores ó esto- listas, quienes revisten con sus ornamentos á los dioses y á los reyes; de sabios escribas con áureas alas por adorno en la cabeza y destinados á guardar las santas escrituras; de hierográmatas; de mil categorías que celaban por la conservación de aquellas ciencias, en cuyos manantiales bebíanse tantas y tan varias ideas. Compartía el poder en aquellos grandes palacios con los militares, con los sacerdotes, con los sabios, una turba de eunucos tendidos entre lo que podemos llamar el serrallo, sitio de las ceremonias, y en el harén, residencia de las mujeres. Evocad con el pensamiento los jardines ceñidos de lotos y

poblados de ibis ó aves sagradas, las alamedas en que alternaban los monolitos llenos de letras hieráticas con los plátanos orientales de verde follaje, los salones con pinturas al fresco de un gusto exquisito, los muebles de raras maderas y de brillantísimos metales, las camas con formas de león y de caballo, los divanes cubiertos de ricos tapices y tallados en figuras de cisnes, las mesillas incrustadas en marfiles y nácares, las pieles preciosas tendidas como alfombras por todas partes, los vasos con maravillosos esmaltes, las literas llevadas en hombros de nubios, las copas donde rebosaban deliciosas bebidas, en fin, todo el deslumbrante lujo y toda la increíble riqueza de los imperios orientales. Y aquel hombre, aquel Moisés, perteneciente á la estirpe de Abraham, educado por su madre misma en el culto secreto al Dios de los hebreos, no hacía más que recoger la riqueza intelectual de todas aquellas ciencias para preparar á su pueblo una doctrina y despreciar las riquezas materiales, y también prepararle una emancipación. Tantos favores de los reyes egipcios por él aceptados, tantas gracias acumuladas sobre su frente, los placeres de una vida cortesana, no lograron tentarle y le sirvieron tan sólo para ir acrecentando los medios con que había de vencer á sus dominadores y libertar á su pueblo. María, su hermana, debió par-



participar del favor que gozaba Moisés, si no tan grande como el conseguido en otras circunstancias por José, muy especial y muy extraño. Lo cierto es que las composiciones ideadas y la música compuesta por María representan grande cultura, tanto literaria como artística, en aquellos palacios granjeada. Pero la complexión de mujer no acusaba en María femenil debilidad ó flaqueza. Indudablemente halagada por aquella vida fácil y placentera de la corte, donde todos los cortesanos debían rendir parias á los predilectos de la hija de Faraón, María sólo pensaba en su pueblo y en la libertad de su pueblo. Los malos tratamientos infligidos á los suyos por aquella corte y por aquellos reyes parecían peores aún si con su comodidad propia y con su cortesano fausto se comparaban. Así es que María debió influir con soberano influjo en el ánimo de Moisés para resolverlo y decidirlo á sus empresas.

La Biblia cuenta que Moisés no se había encastillado en su favor y en su fortuna; todo lo contrario: con frecuencia, natural en sus hábitos y costumbres, iba desalado á ver á sus hermanos y contemplaba con horror sus penalidades. La sangre debía hervirle con grandísimos hervores en las venas al ver los descendientes de aquellos patriarcas suyos que habían merecido la confianza del Eterno y ha-

bían presenciado las edades primeras del mundo, como predilectos del cielo, puestos en tortura para que trabajaran forzadísimo trabajo, con las argollas de hierro en los piés, con los látigos nubios en las espaldas, ora cociendo ladrillos hechos de limo y paja, ora levantando moles bajo las cuales quedaban aplastados, moles monstruosas que venían á ser templos de sus tiranos, cárceles de sus hijos. ¡Cuántas veces Moisés y María, en sus conversaciones fraternales, después de haber visitado aquellos lugares de horrores y visto las tristes asperezas guardadas á los suyos, envidiarían los brutos del desierto, las aves del cielo, porque podían disponer del espacio y gozar en su inferioridad animal de libertades no soñadas siquiera por aquellos que habían visto los ángeles descender del empíreo á guiarlos y que habían levantado en la inmensidad el santuario más propicio al Eterno. En estas indignaciones, mientras María lloraba, conformándose con su complexión de mujer, ó dirigía preces y oraciones al cielo, Moisés maduraba el proyecto profundamente meditado de libertar y emancipar á su pueblo.

Así cierto día sucedió que presenciando cómo un egipcio hería violentamente á un hebreo, Moisés miró á todas partes, y como no apareciera nadie, mató al egipcio y escondiólo en las arenas. Y salió al siguiente día, y viendo á dos hebreos en riña, re-



convínoles por la injuria que mutuamente se inferían, cuando eran de la misma sangre y del mismo pueblo. Los hebreos, muy dados infelizmente á que-rellarse de continuo entre sí, muy poco afectos á reconocer superioridad ninguna, resintiéronse de aquellas reconvenções y le preguntaron quién le había puesto de juez ó príncipe sobre los suyos, pues así como había matado á un egipcio, á ellos los amenazaba. Y vió Moisés cómo se conocía su proceder con el egipcio, á quien mató, y tuvo miedo. Fundadamente y con razón temía, porque industriados reyes y cortesanos en estos desahogos de su cólera y en estos desquites de su valor, juraron matarle sin piedad, y se arrepintieron de haberle con tanto cuidado y celo, á pesar de su estirpe, guardado y protegido. Huyóse Moisés de la tierra de Egipto al desierto de Madián. Y un día, después de haber peregrinado mucho, sentóse junto á un pozo. Y en aquel sitio vió á las hijas del sumo sacerdote de Madián, las cuales fueron á sacar agua para henchar las pilas y dar de beber á las ovejas de su padre. Mas los pastores de las cercanías intentaron de allí echarlas, y Moisés se levantó y defendiólas, y abrevó sus ovejas. En premio de todo esto, el sacerdote de Madián le dió en matrimonio á su hija Séfora.

El futuro fundador del pueblo de Israel guarda

humilde ganado en el desierto de Madián, después de haber vivido como príncipe sumo en el palacio de Faraón. Los pastoreos, con su ociosidad natural, dan margen á mucho vagar, y este vagar da margen á mucho discurrir. En los largos días, á la sombra de los palmerales que allá en el oasis crecen, junto al manantial y al pozo de necesaria frescura, tendido sobre cualquier montón de arena ó sentado sobre cualquier piedra de la vía, sin más compañero que su cayado y su onda, sin más oficio que guardar ovejas dóciles y mansas, quedábale sobrado tiempo y espacio para pensar en los recuerdos de ayer ó en los proyectos de mañana, é ir poco á poco rumiando las doctrinas indispensables á sus proyectos como los proyectos indispensables á la realización de sus doctrinas. Las visitas á las alturas sociales dan tensión al espíritu y al cuerpo para subir más arriba todavía. Moisés vió las cimas de los tronos y las eminencias de los sacerdocios con el ojo avizor de su raza, y asaltóle un deseo de constituir á su pueblo en verdadera nación y constituirse á sí mismo en su guía como á los suyos en su sacerdocio. El hebreo de aquel entonces, aunque guardaba la sangre pura en sus venas y la idea viva en su inteligencia, no había dejado de sufrir alguna merma en sus creencias ni de prestar culto externo, más ó menos simulado, á



divinidades egipcias. En el valle donde habitaba, y en toda la parte Norte del Egipto, excedía en poder moral y religioso á los demás dioses uno solo, conocido con el nombre de Sat ó Set, bajo cuyos auspicios ponían los israelitas su monoteísmo, guardado con verdadera constancia, si bien con una mezcla inevitable de viejas supersticiones. Pero este monoteísmo, por cuya conservación habían Abraham y sus descendientes Isaac y Jacob vivido vida nómada en el desierto, participaba de las ondulaciones que á toda idea presta el movimiento, y no podía fijarse con seguridad y con solidez en aquel cambio continuo de un viaje perpetuo, fácil ocasión á varias transformaciones. Después la directa sumisión á un rey extranjero implicaba la indirecta sumisión á los ídolos de tal rey. Por manera que la idea divina, llevada por el nómada hebreo de un punto á otro, sufría las alteraciones naturales producidas por el movimiento, y al fijarse, no se fijaba en templos y santuarios propios, no, en las orillas de río extranjero, junto á ídolos de cuya sombra huiera el buen Abraham para preservar su fe naciente al poder de ideas ajenas y extrañas. Moisés, varón predestinado, que había en la servidumbre nacido y criádose al amor de un hogar extranjero, donde pululaban reyes y sacerdotes, pensó en constituir una religión para que á su vez

puddera esta religión nueva constituir un pueblo cual no hubiera otro, ni en África ni en Asia, pueblo de una idea, es decir, pueblo de Dios. Los contrastes de su varia suerte le autorizaban á creerlo todo y á esperar lo todo de una estrella, la cual, desde una servidumbre donde no le permitían la vida siquiera, le condujo hasta las privanzas en los palacios, y desde las privanzas en los palacios á la soledad y á la pobreza en los desiertos. No pudiendo explicarse á satisfacción cómo de la muerte decretada contra los suyos se redimiera, y cómo, después de haber matado un egipcio, escapara con felicidad al furor de Faraón, creía llevar un Dios en sí mismo, y á este Dios de su corazón y de su conciencia le pedía luz y auxilio para constituir la nueva religión de un nuevo pueblo á que le tentaban así las pasadas grandezas como las presentes miserias.

La tierra de Madián se prestaba para sus vocaciones. El destino le había conducido á casa de Jetró, y este Jetró, con cuya hija se casara, pertenecía desde luégo á tribu especialísima en sus creencias religiosas. Aunque por indicaciones del Deuteronomio se le cree de origen etiópico, y aun se dice haber encadenado á Moisés la negra hermosura de su hija nubia, lo averiguado es que Jetró guardaba con una fidelidad, propia de quien se aisla



en el desierto, las ideas llevadas por Abraham, Isaac y Jacob en su ambulante santuario. Esta irreconciliable complexión de su nueva familia servíale para conocer cada día con mayor profundidad é iluminar con más luz el Dios de sus gentes, no bien definido todavía, confuso sentimiento, borrosa noción más que clara idea, por lo menos, hasta la hora sublime y sublimada en que aparecía por el alma de un hombre como el gran Moisés la nueva revelación. Y, en verdad, había menester tal comercio con almas puras de toda idolatría, porque aquella presencia continua de tantos magos, y hechiceros, y escribas, y retóricos en su infancia, si bien le sirvió para el allegamiento de intelectuales riquezas, también le dañó para la definición clara y concreta de la idea madre, dentro de cuyos senos iba el alma futura de Israel. Cuarenta y más años en compañía de aquellas gentes, cuyas creencias guardaban relación, por lo uniformes, con la uniformidad misma del desierto, condujéronle á la pura y constante adoración del Dios de sus padres, muy eclipsada en otros días por tantos dioses como habitaban los templos egipcios y por tantas ideas como exhalaba la magia universal. Estos arenales infinitos cuadraban mucho á la fe monoteísta. Concíbese que allá, en las selvas indias, tan pobladas de seres y diversos, ó en las costas

mediterráneas, tan lamidas por ondas celestes, el hierofanta viese, hasta en las sombras múltiples, metamorfosis continuas de dioses, numerosas como las flores llovidas por el ramaje ó como las conchas y los corales dejados en la ribera; mas donde un arenal inmóvil tiende su esterilidad por todas partes bajo cielo de un solo color y de una sola resplandeciente luz, como, si algo se ve, de lo alto baja en los rayos del diurno sol y en los astros del nocturno silencio; si algo se oye, por lo alto retumba, como los simoúnes ardentísimos y las nubes tonantes; la idea de un Dios poderoso, singular, solitario, surge á modo de natural incienso y se impone al pensador y al profeta sumergidos en aquella monótona y uniforme soledad. Doquier volviese Moisés los ojos, veía lo infinito en cielo y tierra; doquier aplicase los oídos, escuchaba el revelador estruendo de los huracanes y de las tormentas. Del infinito material se pasa por la razón humana fácilmente al infinito espiritual, y de la luz creada en que todo el universo visible se baña con amor á la luz increada en que se baña un universo abstracto y metafísico.

Luégo, en aquellos desiertos de Madián, las caravanas que los recorrían dejaban resplandores de ideas, como dejan estelas en la inmensidad del Océano las quillas que los hienden y surcan. Veíanse de